UNA VIEJA.

ZARZUELA EN UN ACTO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

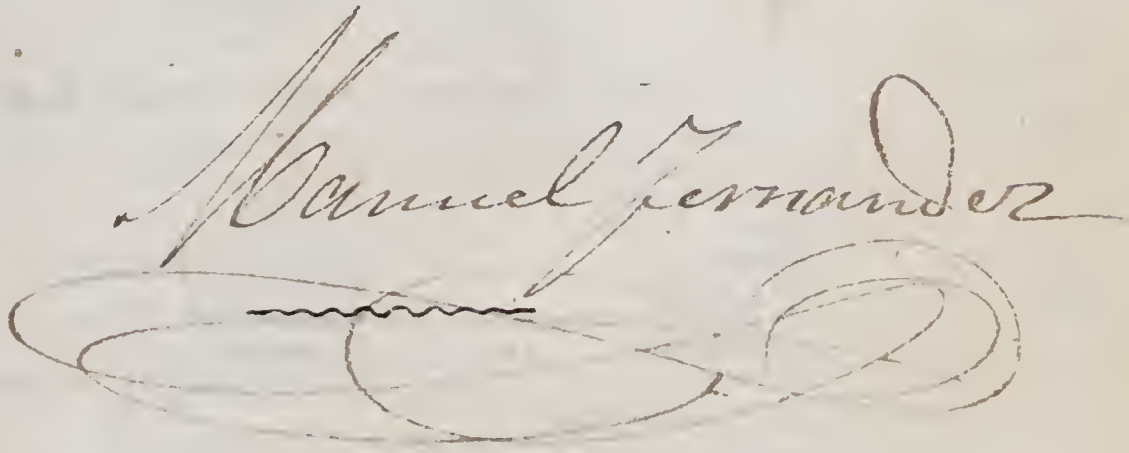
POR

D. FRANCISCO CAMPRODON,

MUSICA

DEL MAESTRO GAZTAMBIDE.

Representada por primera vez en el teatro de la Zarzuela en Diciembre de 1860.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1860.

PERSONAJES.	ACTORES.
ADELA.....	Sta. Ramos.
CONRADO, oficial.....	Sr. Sanz.
LEON, pintor.....	Sr. Cubero.
PANCHO, mayordomo.....	Sr. Arderius.
UN CRIADO.....	Sr. N. N.

La escena pasa en Méjico, en 1826.

La propiedad del libreto de esta zarzuela, la del de

El Dominó azul.	El Relámpago.
Los Diamantes de la Corona.	La Jardinera.
Tres para una.	Por conquista.
Guerra á muerte.	Un Pleito.
Marina.	Beltran el aventurero.
El Vizconde.	Un Cocinero.
El Diablo en el poder.	¡Quien manda manda!!
El Lancero.	El diablo las carga.
Juan Lanas.	El zapatero y el banquero.

y la de los dramas

Flor de un dia.	Libertinaje y pasion.
Espinas de una flor.	Una ráfaga.

pertenece á D. Francisco Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria dramática y lírica titulada El Teatro, *son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

ACTO ÚNICO.

Salon con puertas: una en el fondo y dos á cada lado. Un tocador bajo con espejo, fondo izquierda: en primer término piano, izquierda: mesa de libros, albums, etc., á la derecha. Ventanas en los ángulos del fondo. Sillas, sillones, etc.

ESCENA PRIMERA.

PANCHO, mirando á las ventanas como si hablara á los criados que se suponen fuera.

Á ver como me dejais
el jardinito arreglado
y los paseos barridos;
pero limpitos, ¿estamos?
No diga el huésped que somos
muy flojos los mejicanos;
y sobre todo, nuestra ama
lo ha dispuesto, y yo lo mando.
(Viniendo á la escena.)
Sin este afan que yo tengo
de darle la última mano
á todo lo que me encargan,
seria esta casa un páramo.
Bien puede estar satisfecha
la señora, del cuidado

720858

con que me esmero en servirla:
¿qué haria sin mí á sus años?
La pobre es anciana y viuda
y... (Sale un Criado.)
¿qué es lo que tú traes?

CRIADO. Traigo,
que abajo hay un español
que llegó ahora á caballo,
y dice que viene á ver
á ese capitan que trajo
el ama en su compañia.

PANCHO. Duerme la siesta: no estamos
para recibir aun.

CRIADO. Que trae un viaje muy largo.

PANCHO. Que lo traiga y que se espere:
el capitan está malo
todavia de su herida,
y debemos esmerarnos
en guardarle el miramiento
que la señora ha mandado;
¿sabes?

CRIADO. ¿Qué le digo entonces?

PANCHO. Lo que te he dicho, zanguango.
(Váse el Criado.)
Á no estar yo aqui, ese imbécil
ya le hubiera dispertado.
Mas calle, ya viene aqui.

ESCENA II.

DICHO y CONRADO, de la primera puerta derecha.

PANCHO. Buenas tardes: ¿cómo vamos,
capitan?

CONR. Bastante bien;
me siento ya reforzado
y con ánimo de dar
un paseo por el campo.

PANCHO. ¿Con que hay buen humor, eh?

CONR. Mucho.

PANCHO. Me alegro.

CONR. Gracias: acabo

de leer un periódico
en que ví que os han cascado
bien las liendres, nuestras tropas.

PANCHO. ¿Á quién?

CONR. Á los mejicanos.

PANCHO. Calla, ¿y eso os dá alegria?

CONR. ¡Pues no ha de dármela! ¿Acaso
por estar yo prisionero
te figuras que he dejado
de ser español?

PANCHO. Despues
que el ama os ha afianzado
con todos sus bienes para
que vos pudieseis curaros
aqui, ¿deseais que venga
el español á zurrarnos?

CONR. No temas: ojalá venga
y pueda llegar el caso
de poderme desquitar
con tu señora de tantos
obsequios como le debo,
que no sé cómo pagarlos.

PANCHO. Del mal el menos, siquiera...
¡Ah! se me habia olvidado
deciros que un español
que llegó desea hablaros.

CONR. ¿Y por qué no me lo has dicho?

PANCHO. Como estabais descansando,
tomé á mi cargo el decirle
que esperara.

CONR. Pero, Pancho,
que no has de hacer cosa alguna,
ni aun pasar un recado,
sin la funesta mania
de tomar siempre á tu cargo
el quererlo enmendar todo!

PANCHO. Yo creí haber acertado.

CONR. Cuando te pido agua fresca,
te vas y me traes caldo,
por ese afan sempiterno...

PANCHO. Si, señor, porque es mas sano.

CONR. Anda, vé y dile que pase;

¿entiendes? Sin enmendarlo.
(Váse Pancho.)

ESCENA III.

CONRANO, solo.

MUSICA.

Un español que viene
á verme aqui;
el alma se transporta
á mi pais.

—

Yo siento aqui un ambiente
de inmensa languidez:
en este paraiso
me falta una mujer:
la busco en vano
en derredor;
la llama á voces
mi corazon.
Está sin alma
todo este eden;
la maga de mis sueños
no vaga ¡ay Dios! en él.
Auras de España,
venid á dar
á un alma inquieta
la dulce paz;
ponedme cerca
de esa ilusion
que vaga siempre
en derredor:
de mi querella
llevadle el son;
llevad hasta ella
la voz de mi amor.

ESCENA IV.

DICHO y LEON, que corre á abrazar á Conrado.

DECLAMADO.

CONR. ¡Leon!
LEON. ¡Querido Conrado!
CONR. ¿Tú por aqui?
LEON. Aprieta fuerte.
CONR. Tras tanto tiempo sin verte.
LEON. No tanto, el año pasado,
en Méjico: en el momento
que estalló la rebelion
estabas de guarnicion
allí con tu regimiento;
mas luego perdí tu huella
cuando saliste á campaña.
CONR. ¿Has renegado de España,
Leon?
LEON. Eso no; aunque en ella
fué mi trabajo infecundo:
y de la fortuna al cebo,
para encontrar algo nuevo,
dije: voy al Nuevo Mundo.
En el viejo hay tal enjambre
de sabios de atrevimiento,
que el verdadero talento
suele morirse de hambre.
Dicho y hecho; me embarqué
buscando con mis pinceles
dónde sentar mis cuarteles
y en Méjico me instalé;
y hallé un pais seductor
que siendo rico de sobras
representan nuestras obras
y no pagan al autor:
con mucho jefe ambicioso,
poco respeto á la ley,
casados que hacen el buey,
soiteros que hacen el oso,

banqueros con egoismo,
coquetas con travesura,
nuestra España en miniatura,
lo mismo, chico, lo mismo.

CONR. ¿Y has hecho suerte?

LEON. Asi, asi,
no me escasea el dinero:
hoy soy pintor extranjero
y valgo mas, como allí.

CONR. Recuerdo que á tu pincel
le debo mas de un buen rato.

LEON. ¿Te acuerdas de aquel retrato
que te eramoraste de él?

CONR. ¡Qué tipo tan celestial!
mas que terrestre mujer
un ángel debia ser
sin duda el original.
Ante aquella copia, llena
de cariñosa expresion,
me decia el corazon:
anda, sueña, busca y pena.

LEON. ¿Y á quién hay que retratar
en esta quinta, Conrado?

CONR. ¿Cómo?

LEON. Vengo contratado
expresamente á pintar.

CONR. ¿A pintar aqui?

LEON. Si tal;
vino á mi casa un banquero
diciéndome, caballero,
¿sois vos Leon Carvajal?
«Servidor.» Pues tengo encargo
de proponeros hacer
un retrato de mujer
á un trecho bastante largo.
«Si pagan bien, allá voy.»
Lo que pidais os darán.
«Dos mil pesos.» Aqui estan.
Cobré, partí y aqui estoy.

CONR. Otro rasgo de bondad
de mi noble bienhechora.

LEON. ¿Quién e ella?
CONR. Una señora
que tiene hastante edad:
un dia, de sobremesa
le encarecí tu persona,
y ella es quien me proporciona
esta agradable sorpresa.
Ella mi herida ha curado,
me ha afianzado, y segun veo
no puedo tener deseo
que no vea realizado.
LEON. Absorto, chico, me dejas:
¿y á qué debes sus cuidados?
CONR. Viniendo con cien soldados
de la provincia de Tejas,
un dia al amanecer
topé un convoy enemigo,
me vuelvo á mi tropa y digo:
muchachos, cayó que hacer.
Puse mi escuadron al trote,
y de buenas á primeras
les cargamos como fieras
matando gauchos á escote:
y en medio de aquel desmoche
oí una voz muy contrita
de una pobre viejecita,
que desde el fondo de un coche
con el mayor desconsuelo
amparo me demandaba;
parecióme que me hablaba
mi madre que está en el cielo.
Fuí y la dije: no temais
que nadie os falte al respeto,
que yo escoltaros prometo
hasta donde vos querais.
Casualmente ella llevaba
nuestra misma direccion,
le dí pues conversacion,
la servia, la cuidaba,
y fuimos perfectamente
algunos dias asi,

hasta que al cabo, héte aqui
que me veo de repente
cargar por una legion
de hordas indisciplinadas,
con fuerzas centuplicadas
contra mi corto escuadron.
En tal apuro, ¿qué hacer?
mi tropa escapar queria,
pero dejar me dolia
á aquella pobre mujer,
que con voz enternecida
me suplicaba doliente;
mandé á mis chicos dar frente
y aceptarles la partida.
Dicho y hecho.

LEON. Caracoles,
yo que ellos te planto allí.

CONR. No se portan nunca asi
los soldados españoles.
Dóciles siempre á mi voz
el coche aquel rodearon,
y en torno de él pelearon
con un ímpetu feroz:
hasta que un tiro certero
en un hombro me alcanzó,
y en el suelo me dejó
sin sentido y prisionero.
Desde entonces ya no sé
lo que pasaria allí,
sé sí que al volver en mí
en esta quinta me hallé
con mi anciana compañera,
quien con ternura exquisita
ha sido un hada bendita
velando en mi cabecera.

LEON. Correspondió tu pareja,
y en tu parecer abundo,
lo mejor del Nuevo Mundo
hasta ahora, es una vieja.

CONR. Si, merced á la bondad
con que ella me ha afianzado,
paso tranquilo á su lado

mi alegre cautividad.
Junto á mi lecho sentada,
me ha hecho olvidar mi pena
su conversacion amena,
su asistencia delicada,
ó la dulce melodia
que en el clave preludiaba,
cuando mi frente nublaba
la negra melancolia.

LEON. Bien, hombre, bien, y.... sepamos,
á ojo, ¿qué edad le das?

CONR. Setenta años.

LEON. ¿Nada mas?
No es muy niña que digamos,
mas tampoco es una edad
avanzada en demasia;
para un siglo, todavia
le faltan treinta, ¿verdad?

CONR. Siempre el mismo: ya supones....
qué salida de pavana.

LEON. Mira que en la edad temprana
son muy fuertes las pasiones.

CRNR. Pues mira, mas de una vez
escuchando soñoliento
la vibracion de su acento,
que hace olvidar su vejez,
soñé un tipo de mujer
que adoraria de hinojos;
pero asi que abro los ojos
no hay mas remedio que ver.

LEON. Me tranquilizo. Su vista
te hará olvidar lo demas.

CONR. Ella viene, tú verás
como tambien te conquista.

ESCENA V.

DICHOS y ADELA, por la primera puerta izquierda.

MUSICA.

CONR. Noble señora,
tengo el honor
de presentaros
á mi amigo Leon el pintor.

LEON. Tengo, señora,
á mucho honor,
ser hoy el huésped
de una dama tan digna cual vos.

ADELA. Mi noble casa adquiere
un singular blason
al hospedarse en ella
el talento y el valor.

LEON y CONR. Gracias, señora,
por tanto honor.

ADELA. Faltará en mis alamedas
al pintor la inspiracion,
no hallará á quien dar el bravo
los trofeos del valor.
Solamente hay una anciana
que os dirá con débil voz,
por estos surcos
que el tiempo abrió,
en otras fechas
pasó el amor.

LEON y CONR. Aunque el cabello
encaneció,
teneis muy jóven
el corazon

—

LEON. De gracias un tesoro
tiene vuestra alma.

ADELA. Las gracias con arrugas,
no tienen gracia.

LEON. En toda regla
hay su excepcion.

ADELA. Yo al menos tengo
esa opinion.

—

Solo se ve á las flores
lucir sus galas
bañadas del rocio
de la mañana:
asi que el sol
sus frescas hojas seca
marchitas son.
Ay, Dios,
marchitas son.

CONR. y LEON. ¿Por qué la que tan jóven
conserva el alma
ha de perder el brillo
de la mañana?
Es un dolor,
hallar en el ocaso
tan bella flor-
Ay, Dios
tan bella flor.

(Se sienta Adela é invita á los dos á que hagan lo mismo y lo hacen. La posicion será: Leon primera figura derecha, Conrado en medio y Adela izquierda.)

DECLAMADO.

ADELA. Yo celebro con el alma
que un amigo venga á hacer
gratas, las horas ingratas
que á mi lado pasareis.

CONR. Señora...

ADELA. Es peso tan grave
el peso de la vejez,
que suele tronchar el báculo
si mucho se apoya en él.
Yo os traia, por pensar
que algo puede distraer
las largas noches, mis ocios
de literata: entended

que escribió sin pretensiones
y que al fin, como mujer,
á la pobre ortografía
le doy un trato cruel.

LEON. No es extraño: yo, señora,
tuve una novia en Jaen
que decia, que me amaba
con el *coracon*, y que
yo no tendria *breguenza*
si queria á otra *muguer*:
en el mes de *Marco*, el año
diez y ocho mil diez y seis.

CONR. (Hojeando el cuaderno de Adela.)
Qué es ello?

ADELA. Episodios raros;
anécdotas que escuché
de la presente campaña,
y que en mi afan de coser
con hilo de mi magin
á mi manera hilvané.
Os ruego no las leais
hasta no tener que hacer;
cuando el hastio es muy grande
cualquier cosa sienta bien.
Hablemos de vuestro amigo.

CONR. Mi amigo ha venido á hacer
en vuestro retrato, alarde
de su mágico pincel.
¡Pinta con una verdad!...

ADELA. Lo siento mucho.

CONR. ¿Por qué?

ADELA. Porque como yo estoy mal
y sé que él retrata bien,
traerá á mi memoria de hoy
los recuerdos de mi ayer;
y asi que en España vean
ese cuadro, por mi fé
exclamarán. «¡Vaya un cuadro!»
y entonces vos, ¿qué direis?

CONR. Que á través de esas arrugas
el alma entera se os vé;
y que quien os juzgue mal

es que no os ha visto bien.
Compañia al de mi madre
ese retrato ha de hacer;
junto el recuerdo en mi alma
y el retrato en la pared.

ADELA. Ante ese recuerdo santo,
gustosa presto á mi vez
mi busto, busto tan raro
como muestra de almacen.
En fin, tiene la ventaja
de que aunque lo llegue á ver
vuestra novia ó vuestras novias,
no os darán celos á fé.

LEON. Ni el plural ni el singular
habla, señora, con él:
¡si Conrado es lo mas raro!...
solo ha querido una vez.

ADELA. ¿Si?

LEON. Se enamoró de un cuadro
que yo en Méjico pinté
de un retrato que me dieron
para sacar copia de él,
perteneciente á una dama
casada con no sé quién,
á la que no vió en su vida
ni yo tampoco. ¿No es
un absurdo amar á un lienzo
que no puede responder,
habiendo por esos mundos
tantas muchachas de bien
que tienen huesos y carne,
cintura, manos y pies?
Señora, no hay hombre cuerdo
que tal absurdo resista.

ADELA. Estamos, señor artista,
completamente de acuerdo.
(Dirigiéndose á Conrado.)
Amad siquiera una vez,
y en esa dulce inquietud
emplead la juventud,
que os lo dice la vejez:
emplead vuestro deseo

en esa senda florida,
que la fuerza de la vida
no tiene mejor empleo.
Olvidados del querer,
dejando el amor atrás,
no hallan la dicha jamás
ni el hombre ni la mujer:
y aunque peque de indiscreta,
permitid que en confianza
use de una semejanza
casi digna de un poeta.
El amor es una flor
que aun cuando en la tierra vive,
tan solo el alma percibe
el perfume del amor.
Van el hombre y la mujer
empujados del destino,
la encuentran en su camino
y ambos la quieren coger:
si uno de ellos no es sincero,
al tender ambos los brazos,
rompe la flor en pedazos
el que la coge primero.
Pero si son tan felices
que sientan igual amor,
entonces vive la flor,
porque tiene dos raices;
y las dos, de igual manera,
deben cuidarse á porfia,
que la flor muere en un dia
con una raiz que muera.
Pero si vive, es consuelo
de toda alma dolorida,
porque esa flor de la vida
tiene el aroma del cielo:
y al arrugarse la tez
cuando el cuerpo se desploma,
nos templa aun con su aroma
el frio de la vejez.

LEON. Excelente moraleja
para hacerle entrar en caja.

CONR. (Esta vieja es una alhaja.

LEON. Pero es una alhaja vieja.)
CONR. Nunca se pintó el amor
con pincel mas delicado.
ADELA. Cuando vos hayais amado
sabreis pintarlo mejor.
LEON. Qué de conquistas no haria
vuestro acento seductor.
ADELA. Para ser mi confesor
sois muy jóven todavia.
CONR. Seguid, y Leon podrá
empezar vuestro retrato...
ADELA. No corre prisa: otro rato...
LEON. Yo estoy pronto.
ADELA. Tiempo habrá.
¿No sabeis vos que á mi edad
es mania de los viejos
odiar retratos y espejos
porque dicen la verdad?
El pintor está rendido
del viaje, y mas valiera
que vos, un rato siquiera
le halagarais el oido.
Haced vos el gasto un rato,
y si la pereza es mucha,
figuraos que os escucha
la señora del retrato.
Yo cantaba de aficion
en mis tiempos, y pensaba
que quizá una nota daba
medida de un corazon.
CONR. Pero...
LEON. Te haces de rogar.
CONR. De ningun modo, eso no.
ADELA. Pues sois tan amable, yo
procuraré acompañar.
Y á ver si abririais brecha
fraseando una cancion
que yo escribí de aficion
hace ya... callo la fecha.

MÚSICA.

(Adela entrega una cancion á Conrado, que este canta leyéndola.)

CONR. Mal hayan ¡ay! las brisas
que van á España.
que hacen llorar las niñas
americanas.

—

Ay, mamá, que noche aquella
en que el falso me decia,
niña mia, por lo bella
tú has de ser la estrella mia.
Ay, mamita, qué mudanza
me ha causado un español,
que al llevarse mi esperanza,
me dejó sin luz ni sol!
Mimadme mucho
por compasion,
yo estoy malita,
yo tengo amor.
Por Dios, mamita,
mandad por él,
que si no vuelve
me moriré.

ADELA. Dais á esa frase
poca expresion,
debe decirse
con mas calor.

(Adela repite la frase, empezándola con voz de vieja y pasando á la voz natural con todo el colorido y efecto posible.)

Mimadme mucho, etc.

LEON y CONR. Qué buen estilo,
qué buena voz;
conserva rasgos
de ruiseñor.
En nuestra España
jamás topé
con una vieja
de tal jaez.

LEON. Cáspita, y qué modo
tiene de cantar,
habrá sido una
notabilidad.
CONR. ¿No te lo decia
que era celestial?
ADELA. (Con voz de vieja.)
No os burleis, señores,
de la ancianidad.

(Los tres repiten el estribillo, pero Adela ya con voz de vieja.)

ESCENA VI.

DICHOS y PANCHO, sobresaltado.

HABLADO.

PANCHO. Ay, señora de mi alma,
vengo toito aplanao.
ADELA. ¿Qué ha sucedido?
PANCHO. Es muy grave,
y yo no puedo enmendarlo.
ADELA. ¿Acabarás de decirlo?
PANCHO. Primero he de empezarlo.
ADELA. ¿Qué hay?
PANCHO. Que el gobernador,
que es un peaso de bárbaro,
ha recibido una órden
para internar en el acto
á toos los prisioneros
que no sean mejicanos.
¿Estamos?
ADELA. ¡Dios mio!
CONR. ¿Cómo?
PANCHO. Y el caso es, que está empeñao
en que esta noche sin falta
han de salir escoltaos
pá la provincia de Tejas.
¿Estamos?
LEON. Qué alma de cántaro.

ADELA. ¡Imposible! Cuando aun
se encuentra el pobre Conrado
con las heridas abiertas...
¡Esto fuera un atentado!
Yo me opongo.
PANCHO. Y yo tambien
me opuse, pero es el caso
que el señor gobernador,
que es muy duro y muy... ¿estamos?
solo por *hacernos guaje*
á la señora y á Pancho,
pone pena de la vida
al que no cumpla su bando.
LEON. (¡Canario!)
ADELA. ¡Qué atrocidad!
CONR. ¡Ira del cielo!
LEON. Conrado,
no hay que apurarse por eso,
yo voy contigo; qué diablos,
en la provincia de Tejas
no ha de faltarnos tejado.
ADELA. No, señor, yo no lo quiero,
eso no se hace entre vándalos.
PANCHO. Eso es lo que digo yo.
ADELA. Venid, venid á mi cuarto
á ver si encontramos un
medio de salir del paso.
PANCHO. Eso es lo que digo yo.
LEON. ¿Pero qué dices? Sepamos.
PANCHO. Ahora nada, porque el otro
dise que vá á fusilarnos,
que si no, ya lo diria,
porque soy muy hombre, ¿estamos?
ADELA. Me ocurre una buena idea,
venid. (Á Conrado.) Ven tú tambien, Pancho.
(Vánse por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

LEON, solo.

¡Qué recurso será ese!

No lo entiendo, vive Dios:
pues yo no le dejo solo
aunque se vaya á Joló.
Por fortuna en todas partes
recursos tiene el pintor;
pintaré por el camino
paisajes de luna y sol,
con vaquitas y cabritos
y una pastorcita ó dos.
Si en un castillo nos zampan,
retrato al gobernador,
y á su mujer y al conserje
y á toda la guarnicion;
y si en el castillo hay prójimas,
¡para qué nos hizo Dios!

MUSICA.

Haré por ponerme triste
para que digan al verme asi,
chinito, ¿te has puesto malo?
y yo muy serio diré que sí.
Haré que me canten tangos
de esos melosos de si señó,
de aquellos que al escucharlos
en una cuna mecido voy.
Que ya viene el alba,
que ya sale el sol,
ay, chinito, vete
por amor de Dios.
No me des mas dulce,
pues temiendo estoy
que el que ayer me diste
se me indigestó.
Y yo el contraste haré despues
con unas siguidillas de Lavapies.
Para bailar manchegas
vestido corto,
que el que las mire, gane
el purgatorio.
No tienen miga

si no se vé en las vueltas
hasta la liga.

ESCENA VIII.

DICHO y PANCHO, que saliendo con papel en la mano tropieza con él.

DECLAMADO.

PANCHO. Su mersé dispense.
LEON. Bárbaro,
que me has dado un pisoton.
PANCHO. Es que soy activo...
LEON. ¿Y qué?
PANCHO. Y que voy de oficio...
LEON. Y yo,
¿qué tengo que ver con eso,
pedazo de...
PANCHO. Si, señor,
es que yo ando muy de prisa,
muy de prisa; porque soy
listo, y tengo sobre mí
la casa y la direccion
de la casa y los asuntos
de la casa, y como yo
soy tan diligente, estamos?
me han dado una comision...
LEON. ¿Y para qué?
PANCHO. Es un secreto.
Ea, quede usté con Dios.
LEON. Espera, hombre.
PANCHO. Voy de prisa.
LEON. Cuéntame siquiera...
PANCHO. No. (Váse por el fondo.)
LEON. Dime al menos.... que si quieres,
es un bagaje mayor.
Pues, señor, en nuestras filas
ha penetrado el terror:
¡cómo ha de ser! Preparémonos
á emprender la expedicion

para Tejas; ¿qué mas dá
ir á Tejas que al Mogol?

ESCENA IX.

DICHO y CONRADO.

CONR. ¿Pero hombre, ¿qué haces ahi?
LEON. Estaba echando mis cuentas
para el viaje.
CONR. ¿Para el viaje?
LEON. Á la provincia de Tejas.
Mira, yo voy á comprar
un jamon y frutas secas
para el camino, ¿eh? De páso
tomaré algunas botellas....
CONR. ¿Para qué?
LEON. Para beber.
CONR. Si no hay tal viaje.
LEON. ¿De veras?
ya lo comprendo, habrá sido
una mala inteligencia
de aquel bárbaro. ¿Eh?
CONR. No tal.
La órden que él dijo es cierta,
pero hay modo de eludirla.
LEON. Escapándonos.
CONR. Nos fuera
imposible.
LEON. Pues entonces...
CONR. Un recurso de mi vieja:
es la mujer de mas chispa....
LEON. A ver, á ver, cuenta, cuenta.
CONR. Esa órden que has oido
hace solo referencia
á los españoles que
son prisioneros de guerra.
LEON. Pues, y ¿nosotros, qué somos?
CONR. Hombre, por Dios, ten paciencia:
los mejicanos estan
exceptuados de la pena,
y si me hago mejicano

no entro en la ley y me dejan.

LEON. ¿Irias á renegar
de tu patria y tus banderas
ante el peligro? Conrado,
por Dios, mira que eso fuera....

CONR. ¿Me crees á mí capaz
de semejante bajeza?

LEON. Pues entonces no te entiendo.

CONR. Entre las varias maneras
que hay para ser mejicano
ya sabes que es una de ellas
casarse con mejicana:
¿me entiendes ya?

LEON. Ni una letra.

CONR. Cuidado si estás hoy torpe.

LEON. Gracias, sigue.

CONR. Si me dejas
trataré de hacerlo.

LEON. Callo.

CONR. Tengo mujer que me quiera
y me caso, y tengo hoy mismo
carta de naturaleza.

LEON. Mal aconsejado jóven,
¿quién te imbuyó esas ideas?
Cuando todo este pais
lucha por su independencia,
¿tú vas á dejar la tuya
en manos de una doncella?
Antes que á la vicaria,
á Tejas, Conrado, á Tejas.

CONR. Vamos, veo que no hay medio
de que te calles la lengua.

LEON. Ya me conoces, Conrado:
los absurdos me exasperan.

CONR. ¿Me dejas que acabe?

LEON. Sigue.

CONR. ¿Y qué dirás cuando sepas
que el casamiento es de farsa?

LEON. ¡Ah!

CONR. ¡Ah! si no interrumpieras....

LEON. Vamos, eso es ya es distinto.
Pero y ¿qué mujer se presta

á ser objeto de farsa?
CONR. Mi bienhechora.
LEOR. ¿La vieja?
CONR. La misma, es la mujer
que tiene el alma mas bella.
LEON. El alma sí, pero el cuerpo....
¿Y cómo te las arreglas
para....
CONR. Muy sencillamente:
há poco ha venido á verla
el escribano del pueblo,
que tiene unas tragaderas....
capaz de dar fé de que él
es hijo de una ballena;
en fin, chico, un escribano
muy tramposo.
LEON. Cosa nueva.
CONR. Ha extendido la escritura,
y sin pasarla siquiera
ni al alcalde ni al registro,
que sabes que en esta tierra
son requisitos precisos
para estar casado en regla,
la hemos dado á Pancho, el cual
la ha llevado á la carrera
al señor gobernador
convidándole á la fiesta.
¿Qué te parece?
LEON. Bien, solo
que, hablándote con franqueza,
eso de casarse, chico,
hasta en chanza me hace mella.
CONR. La Providencia me ayuda.
LEON. Mira que la Providencia
dá á veces unos petardos...
CONR. Si no hay riesgo.
LEON. Dios lo quiera.
Sabes que se necesita
todo el valor de un atleta
para decir *coram pópulo*
soy marido de una vieja.
CONR. Pues yo la quiero, lo mismo

que á mi madre si viviera.

LEON. Eso está corriente, y puedes
quererla como á tu abuela.

CONR. Me voy á ayudarla á hacer
los honores de la fiesta. (Váse.)

ESCENA X.

LEON solo.

Á estar yo en su posicion,
pregunto, ¿me casaría?
No señor, preferiria
el pan de la emigracion.
Francamente, me hace mella
ese esfuerzo sobrehumano,
un jóven que al dar la mano
aprieta un siglo con ella.
Es una barbaridad
hasta en chanza, y no lo haria
porque sé, que soñaria
por la noche que es verdad.

ESCENA XI.

DICHOS y PANCHO, que llega muy cansado y se sienta.

PANCHO. Válgame Dios qué calor,
lo que he sudado y corrido.

LEON. Bien, Pancho, ya sé que has ido
á casa el gobernador.

PANCHO. ¿Con que ya le han enterao
á usté los señores?

LEON. Si.

PANCHO. Mire usté, si no es por mí
todo estaba malograo:
pero ya se vé, el que entiende
como yo, que lo sé tóo,
hace las cosas de moo
que nadie se las enmiende.
La señora y el señor
me mandaron con premura

que llevara una escritura
al señor gobernador:
y no me han mandado en balde
porque al salir, ví el papel
y ví que faltaba en él
el registro y el alcalde.
De suerte que el documento
que me dieron era nulo:
mas yo que siempre calculo,
¿qué te hago? En un momento,
como Dios me ha hecho tan listo,
corro al consistorio...

LEON. (Azorado.) ¿Y qué?

PANCHO. Nada, que too lo dejé
arreglao.

LEON. ¡Santo Cristo!

PANCHO. No conoce usté, señor,
que á no haberlo yo enmendao
era nulo.

LEON. ¡Desdichado!

PANCHO. Si ya está en regla.

LEON. Traidor,
¿con que lo has puesto por obra?

PANCHO. Lo enmendé y creí acertar.

LEON. Pues yo te voy á enmendar
la cabeza, que te sobra.

PANCHO. Pero hombre, no sea usté fiera.

LEON. Vas á morir, asesino.

PANCHO. Válgame el Cristo divino,
este hombre es una pantera.
(Váse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XII.

LEON, luego CONRADO.

LEON. Le he de matar sin demora.
Cuando lo sepa Conrado...

CONR. (Saliendo.)
Chico, vengo entusiasmado.

LEON. (Ap.) (¡Cómo se lo digo ahora!)

CONR. Nuestra vieja ha conseguido

ser la reina del salon.

LEON. (Ap.) No sabe aun la extension
del abismo en que ha caido.

CONR. Chico, aun cuando me alborotes,
la miraba con placer.
¿Lo creerás?

LEON. Si. Esta mujer
tiene... dotes... tiene dotes.

CONR. Tiene mucha inteligencia.

LEON. Mucha... y á cierta distancia...

CONR. Y ademas mucha elegancia.

LEON. Y ademas mucha experiencia.

CONR. Cuando habla es tan discreta
y tiene un juicio tan recto...

LEON. Á mí me ha hecho el efecto
de una mujer muy completa:
y por su edad no está fea.

CONR. En el salon me ha ocurrido
creer que era su marido.

LEON. ¿Qué efecto te hizo esa idea?

CONR. Tal vez tú no lo creyeras:
me causaba tanto agrado,
que no me hubiera pesado
ser su marido de veras.

LEON. ¿Formalmente?

CONR. Te respondo
de que me seria igual.

LEON. ¡Oh! filósofo inmortal,
abrázame, has dado fondo.

CONR. ¿Qué?

LEON. Por una necedad
de ese imbécil mayordomo
te han casado.

CONR. ¿Cómo?

LEON. ¡Como!
casándote de verdad.

CONR. No te entiendo.

LEON. Pues yo creo
que me doy bien á entender;
digo que tienes mujer
y eres marido y *laus Deo*.

CONR. Leon, Leon, despacito,

porque esa broma me hastia.

LEON. Pues, amigo, no hay tu tia,
has caido en el garlito.

CONR. Y me lo dice de un modo...

LEON. Oye.

CONR. Tendria que ver
que esa vieja...

LEON. Tu mujer
está inocente de todo.
Tú has tenido la humorada
de dar la escritura nula
á ese Pancho, que calcula
en vez de comer cebada:
y él, que con santa intencion
lo enmienda todo de balde,
fué al registro y al alcalde
á que tomaran razon.

CONR. ¿En dónde está? (Irritado.)

LEON. Ten prudencia.

CONR. ¿Prudencia yo? ¡Vive Dios!
Lo menos le parto en dos
por primera providencia.

ESCENA XIII.

DICHOS y ADELA llorando.

ADELA. ¡Despues de encargarle tanto
que lo guardara! Leon,
dejadnos. (Váse Leon respetuosamente.)

CONR. (Ap.) Buena ocasion
para venirme con llanto.

ADELA. Conrado, no acierto á fé
á hablar con vos: no sé cómo
deciros que el mayordomo...

CONR. Lo sé, señora, lo sé.
Sé que sin saberlo vos
se permitió ese manejo:
y pues callo y no me quejo...

ADELA. No importa, bien sabe Dios
que nunca habia pensado
que pudiese llegar dia

en que la presencia mia
os hiciese desgraciado.
¡Vos no os podeis figurar
cuánta amargura me dió!

CONR. (Ap.) ¿Qué apostamos á que yo
la tendré que consolar?

ADELA. Veo que vuestra existencia
se ha nublado de improviso;
la Providencia lo quiso.

CONR. (Ap.) ¡Buena está la Providencia!

ADELA. Si por errores ajenos
os he hecho desgraciado,
me permitireis, Conrado,
que yo lo repare al menos;
porque desde la jornada
en que la vida os debí,
era obligacion en mí
pagar deuda tan sagrada.
Mis cuidados, mi ternura,
no os han faltado hasta ahora;
sé que eso es poco...

CONR. Señora,
me pagasteis con usura.

ADELA. No, señor; yo ansiaba alguna
digna y honrosa manera
de traspasaros siquiera
la mitad de mi fortuna;
temí que esto os humillara,
porque os conozco.

CONR. Os advierto...

ADELA. Mas no queria por cierto
que la pagaseis tan cara.
Pero hoy que un lazo siniestro
nuestro destino ha ligado,
puedo deciros: Conrado,
todo lo que tengo es vuestro.

CONR. No lo acepto.

ADELA. ¿Por qué no?
Nadie me lo impedirá:
vos no teneis madre ya,
dejad que lo sea yo.
Con riqueza y juventud

á España podreis volver:
yo no aspiro á merecer
mas que vuestra gratitud.
Allí encontrareis honores,
amigos, dichas, placeres,
y aquellas lindas mujeres
que inspiran tantos amores:
yo... me quedaré sólita
gozando, si vos gozais,
contenta con que escribais
á la pobre viejecita
vuestros amantes desvelos:
la esposa nada sabrá;
es tan vieja, que no está
ya en edad de tener celos.

CONR. (Ap.) ¡Á que me vá á hacer llorar!

ADELA. Pero si un dia en la vida
despierta al alma dormida
la necesidad de amar,
en que alguna niña bella
os absorba en su mirada,
y vuestra alma enamorada
no pueda vivir sin ella,
aquel dia desgraciado
de amoroso frenesí,
cuando os acordeis de mí,
no me maldigais, Conrado,
no hagais que el dolor taladre
mi alma en su sol postrero,
porque Dios sabe que os quiero
como os quiso vuestra madre.

CONR. No creais nunca, señora,
que yo os vaya á abandonar;
yo nunca podré olvidar
que fuisteis mi bienhechora.
Y ya que mi buena estrella
me dá otra madre, yo que
tan ciego á mi madre amé,
os amaré como á ella.

ADELA. Ya veis, yo soy muy anciana,
no he de contar muchos dias.

CONR. ¿Vais á decir tonterias?

¡Si estais como una manzana!

ESCENA XIV.

DICHOS, LEON, que se dirige á Conrado, y PANCHO, que se dirige á Adela.

LEON. Chico, está llena la sala
de gente que quiere irse
y desea despedirse.

CONR. (Amostazado.)
Mándales enhoramala.

PANCHO. ¿Tiene algo que mandar,
señora?
(Adela le señala que no y Pancho se marcha.)

CONR. (Á Leon.) ¡Tengo una gana
de echar por una ventana
á ese tuno!

LEON. Has de pensar
que ha servido á tu mujer,
y has de ser hombre de seso:
ya estás casado...

CONR. Por eso,
por eso lo quiero hacer.
(Adela se habrá dirigido al fondo, al tocador.)

ADELA. Lucia, Pachina, á ver,
¿qué es eso? ¿nadie responde?
(Toca la campanilla y entran tres doncellas.)
Á desnudarme.

LEON. (Ap.) Aqui es donde
Cristo empezó á padecer.
(Mientras Adela se dirige al tocador, fondo izquierda, Leon coge á Conrado, llevándolo á la boca de la escena, derecha.)

MUSICA.

LEON. En luchas desiguales
ganan los bravos
las cruces laureadas
de San Fernando.

Animo, pues,
que un siglo te contempla,
lucha con él.

CONR. No me faltó bravura
nunca en el campo,
mas no hay valor que baste
para este caso.
Tiemblo, pardiez,
desde la coronilla
hasta los pies.

DECLAMADO.

LEON. Conrado, yo me retiro.

CONR. ¿Te vas?

LEON. Lo exige el pudor.
Honra á tu patria, y.... valor. (Váse.)

CONR. Estoy por pegarle un tiro.
Cuando me vé en la agonia
me encarga el valor: quisiera
que en mi pellejo estuviera
á ver qué valor tendria.
Hé aqui la amistad, un coro
de farsantes por sistema,
que os deja en la hora suprema
solo, en las astas del toro.

ADELA. (Bajando.) Ya debereis suponer
que no habrá variacion.
Esa es vuestra habitacion;
y esta la mia.

CONR. ¡Oh placer!

ADELA. No llameis nunca á deshora,
yo tengo el cuarto cerrado.

CONR. Bueno, no tengais cuidado;
hasta mañana, señora.
(Tomando la palmatoria para retirarse.)

ADELA. ¿No os quedais hoy á leer
como las noches pasadas?

CONR. Es verdad. (Hay las criadas,
que no deben entender...)
Iba hasta el cuarto vecino

á buscar algo moderno
que leer, pero este cuaderno
me vá á ahorrar el camino.

(Coge el cuaderno que Adela ha traido en su primera salida, y se sienta junto á la mesa que estará en primer término derecha; mientras Adela empieza su toillette en el tocador del fondo, tapada por sus tres doncellas.)

CONR. (Leyendo.)
«Anécdotas de la guerra.»
¿Creo que todas estan
escritas de vuestra mano?

ADELA. (Desde el fondo.)
Solamente por matar
el tiempo.

CONR. Pues en la letra
no se os conoce la edad.

ADELA. Gracias!

CONR. «El Gaucho celoso.»
Esta la conozco ya.
«Anécdota interesante.»
Veamos. «Al empezar
»esta campaña, casó
»Adela de Monteorgaz
»con un noble mejicano
»de fortuna colosal:
»ella era niña y él viejo,
»le triplicaba la edad.»
Un enlace como el mio,
poco menos, poco mas.
«Fanático el noble anciano
»por la causa nacional,
»dejó sus comodidades
»para ir á pelear
»contra las armas de España.
(Maldito de Barrabás.)
«Su esposa, que le tenia
»un cariño filial,
»y que conocia que era
»toda la felicidad
»de aquel noble viejo, al verle
»ir á cumplir con lealtad

»su deber de mejicano
»no le quiso abandonar,
»y aunque niña muy mimada,
»sin querer escuchar mas
»que la voz de su deber,
»dijo, mi lugar está
»al lado de aquel, á quien
»le dí mi fé en el altar.»
Hé aqui un tipo que me encanta:
ya tengo curiosidad
de irle siguiendo la pista.
«En un encuentro tenaz
»y sangriento, en que despues
»de un dia de batallar,
»la division mejicana
»vencida y dispersa ya,
»tuvo que ceder el campo,
»vino una bala á alcanzar
»al noble esposo, que á poco
»murió con serenidad
»en los brazos de su esposa
»bendiciéndola, y á mas
»nombrándola en testamento
»su heredera universal.»
Bien hecho, lo merecia,
pobrecilla

ADELA. (Desde el fondo:) Continuad.

CONR. «La jóven que se vió entonces
»en completa soledad
»y á cien leguas de su casa,
»teniendo que atravesar
»todo un pais ocupado
»á cada paso, por las
»fuerzas indisciplinadas
»que en todas las guerras hay,
»conoció que su belleza
»podia serle fatal.»
En eso no se engañaba,
los soldados siempre van
á caza de gangas, y en
te clima...

ADELA. (Desde el fondo.) Continuad.

CONR. Continúo. «¿Qué hizo entonces
»la jóven para evitar
»los riesgos? Dobló su cuerpo,
»llenó de arrugas su faz,
»se puso peluca blanca
»y llegó á disimular
»su voz de tal suerte, que era
»una vieja de verdad.»
Ni al demonio se le ocurre
idea mas singulár
y oportuna. Era la única
que la podia salvar,
porque el soldado español
teme menos á un caiman
que á una vieja.

ADELA. ¡Qué decis!

CONR. Nada. (¡Qué barbaridad!
¡Á qué hora tan oportuna
me ocurre el filosofar!)

ADELA. ¿No continuais?

CONR. Si, señora.

(Al decir esto habrá vuelto algo la cara y habrá visto á Adela, que estará de espaldas á él, frente al tocador, con la cabeza de vieja aun.)

¡Calla! mi mujer está
mas estirada que cuando
se ha empezado á desnudar.
Ese es un efecto de óptica.
«Empezó, pues, á viajar,
»cruzando leguas y leguas
»con un jóven oficial,
»que á pesar de ser muy listo
»no se le ocurrió jamás
»la sospecha mas remota.»
Esto si que no es verdad.
No hay oficial en la tierra
á quien se pueda pegar
un chasco asi; digo, á menos
de ser él muy animal.

ADELA. ¿Y por qué?

CONR. Toma, porque él
lo habia de adivinar.

ADELA. Amigo, no todos tienen
vuestro talento especial,
y no obstante, el desenlace
creo que os sorprenderá.

CONR. Lo dudo, porque las fábulas
no me sorprenden jamás.
Son cuentos, á los que dan
cierto barniz de interés.

ADELA. (Acercándose en elegante y sencillo negligé, y con voz de vieja, aun con la palmatoria en la mano.)
Leedlo despacio, pues:
buenas noches, capitan.

CONR. Buenas noches.
(En este momento de volver la cara Conrado, ella se retira precipitadamente á su cuarto y cierra la puerta. Conrado, como herido de un rayo, suelta el cuaderno y dá un violento sacudimiento en la silla, sin saber lo que le pasa.)
¡Qué vision!
(Registra con la vista el cuarto, y dirigiéndose á las doncellas.)
¿En dónde está mi mujer?
(Las doncellas le señalan que es la que acaba de meterse en el cuarto.)

CONR. ¿Aquella? No puede ser.
Dios mio, es una ilusion,
ó es un delirio insensato
que mis sentidos fascina,
con la cara peregrina
de aquel divino retrato?
Aquellos rasgos que impresos
conservo en mi corazon,
los suyos, los suyos son.
(Empieza á golpear en la puerta de Adela.)

ESCENA XV.

DICHOS, LEON, PANCHO.

LEON. Hombre, ¿qué golpes son esos?

CONR. (Lleno de efusion.)
Que es mi esposa angelical

la que tu pincel pintó.

LEON. (Le mira azorado y le pone la mano en la frente.)
(Ap.) Ya me lo temia yo,
un ataque cerebral.

CONR. Chico, estoy loco de amor.
Pancho, Pancho, te bendigo.

LEON. (Ap.) Y le abraza, ¡ay, pobre amigo!
(Gritando.)
Que llamen á un sangrador.

CONR. ¿Estás loco?

LEON. Por supuesto.

CONR. ¿Pues á quién quieres sangrar?

LEON. No temas, hay que evitar...
una congestion.
(En este momento sale Adela de su cuarto con la palmatoria en la mano, que deja sobre una mesa y al verla Leon y Pancho quedan estupefactos.)

LEON y PANCHO. ¿Qué es esto?

ADELA. Tengo un marido glacial
que quiere separacion,
y aquella es su habitacion
y esta la mia.

LEON. (Á Conrado.) ¡Animal!

CONR. (Cayendo á sus pies.)
No lo repitais jamás,
señora, por compasion.
Yo os daré mi corazon
y mi alma, ¿qué quereis mas?
Donde vos esteis, allí
viviré yo prisionero.

ADELA. Conrado, yo solo quiero
que me querais siempre asi.

PANCHO. (Á Leon.)
Habeis visto si obré bien:
¿quién tenia mas razon?

LEON. Con esta transformacion,
Pancho, cásame tambien.

MUSICA.

ADELA. De un nuevo sol

la inmensa claridad
viene mi vida
á iluminar.
Mi porvenir
al lado del que amé,
de aromas puras
es un verjel.
En derredor
aspiro amor
y el paraiso
se me abre ya.
El alma fiel
á la voz de él
á nueva vida
renacerá:
amada soy,
no cabe en mí el placer,
muero de amor,
muero de amor por él.

CONR. LEON. PANCHO.

Todo es amor,
todo es aqui placer,
el corazon
respira en un eden.

FIN DE LA ZARZUELA.

He examinado esta zarzuela y no hallo inconveniente en su representacion.
Madrid 15 *de octubre de* 1860.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.